

que han recibido de Dios, y en el habito de las virtudes que han practicado; y así como quando el corazon se halla en alguna opresion violenta, toda la sangre corre á su favor para que no cayga en desmayo, ni desfallezca; del mismo modo quando el alma de un hombre justo se halla en alguna urgente afficcion, toda su fuerza se recoge, y todas sus virtudes se juntan. La fê le hacer conocer quales son los verdaderos bienes, y los verdaderos males: la esperanza suaviza sus penas, representandole las recompensas eternas; la caridad le hace adorar la mano de Dios aun quando le mortifica: la humildad le persuade, que no hay castigo que no merezca, la obediencia le sujeta, la paciencia le consueta, y Jesu-Christo le fortifica. Pero los malos se hallan sin apoyo, y sin asistencia en sus trabajos; son humillados, dice San Bernardo, (a) y no tienen humildad: sufren, y no están acostumbrados á la paciencia, las disposiciones de Dios les parecen duras, porque no tienen sumision, ni obediencia: sus cruces les son insupportables, porque no tienen ellas la uncion necesaria; en fin, no ven sino la desgracia, ó el dolor que los agovia: y el fuego de la tribulacion que afina, y purifica á los justos, como metales preciosos, derrite, y consume á los mundanos como metales impuros, y groseros.

Se escandalizan de las cruces, y de los sufrimientos de Jesu-Christo, y no se cansan de las del mundo, vencen todos los obstaculos quando se trata de satisfacer sus pasiones, y la menor dificultad los detiene, quando es necesario combatir las, el yugo de la codicia les parece suave, y el de Jesu-Christo les es insufrible. Haced, Señor, haced caer de sus ojos la venda que los ciega; mudad estos infelices martyres del mundo en victimas de la penitencia, arrojad una porcion de vuestra Cruz en esas amargas aguas del siglo, que santifiquen sus penas, y mezclad una gota de vuestro caliz en la amargura de sus sufrimientos, hacedles merecer el torrente de alegría con que emlagais á vuestros escogidos en el Cielo, que yo os deseo, &c.

SER-

Bernardo ubi supra.

SERMON PARA EL TERCER DOMINGO DE ADVIENTO:

PREDICADO DELANTE DEL REY
en la Capilla de San Germán.

Miserunt Judæi ab Hierosolymis Sacerdotes, & Levitas ad Joannem, ut interrogarent eum, tu quis es? Et confessus est, & non negavit, & confessus est, quia non sum ego Christus.

Embiaron los Judios desde Jerusalèn, Sacerdotes, y Levitas para preguntarle á Juan, quien era? Confesó, y no lo negó, y dixo, yo no soy Christo. S. Juan cap. 1. v. 19. y 20.



Quando yo me represento sobre las riberas desiertas del Jordan, de la una parte á unos Sacerdotes, y Levitas cargados de votos, y de sufragios de todo un pueblo, y prontos á decidir el mas importante punto de la Religion, echarse á los pies del Precursor de Jesu-Christo, y decirle con

un ayre alhagueño, y devoto al mismo tiempo: *Eres tu Christo? ¿Eres á lo menos un Profeta? ¿Es necesario ado-*

Tom. 5.

L

rar.

rarte, y reconocerte por el Mesías? Hacedos justicia, y sed oy dia todo quanto deseais ser; ¿a qué prueba, digo yo entre mi mismo, no está expuesta la virtud de los Santos, y hasta donde no llega la malignidad, ò la lisonja de los pecadores? Quando por otra parte me figuro á San Juan animado del zelo de la verdad, juntando un humilde despecho à su acostumbra austeridad, rebatir à estos diputados, y sus profanas alabanzas, y saliendo como fuera de sí, hacer resonar toda la ribera de estas palabras: No confundais al Siervo con el Señor, ni al Precursor con el Mesías: basta, y aun es demasiado para mí el ser la voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor. ¡O, y qué difícil es (exclamo yo con San Bernardo) reusar un honor, que se presenta por sí mismo, y no querer tanta reputacion quanto se imagina de virtud, y de merito, y conocerse como uno es en sí quando se puede hacer estimar, y parecer lo que no es!

Pero San Juan no tiene esta ridicula vanidad de ocultar lo que es, y aparecer lo que no es. Atiende à sus obligaciones, y no à sus virtudes; y por grande que sea delante de Dios, se tiene por pequeño, y aplicandose à llenar fielmente el ministerio de la palabra, que la Providencia Divina le ha cometido, renuncia todas las ventajas que la opinion de los hombres le ofrece, ó le atribuye, y pudiendo elevarse hasta la dignidad de Mesías, se contiene en los limites de su vocacion, y se contenta con reconocer, y mostrar à los demas lo que él es.

Quiera Dios que esta humildad sea la condenacion de nuestro orgullo! Que el espíritu de Dios, que hace los humildes, derrame oy dia sobre nosotros aquellas gracias fuertes, y penetrantes, que derrama sobre sus escogidos, quando quiere descubrirlos el vacío, y la nada de las grandezas humanas! Pidamoslas por intercesion de la que estando destinada para ser Madre de Dios, se llama la mas humilde de sus siervas, quando la dixo el Angel:

AVE MARIA.

Dos

DOS suertes hay de pecados entre los hombres, Señores; unos llevan consigo un caracter de verguenza, y de infamia, que deshonorá á los que los cometen. Tales son los hurtos, los asesinatos, las trayciones, y los perjurios, ya porque denotan un desorden de corazon de que los hombres de bien segun el mundo no son capaces, ya porque rompen los nudos de la sociedad, y porque las leyes humanas, y divinas se ponen de acuerdo para castigarlos, ya porque los hombres por un horror natural al vicio, por respetos, y consideraciones humanas no se atreven à acostumbrarse á ellos; y no habiendo podido establecerlos, se hayan hecho como una especie de honor de desacreditarlos. Como quiera que sea, ellos son unos delitos groseros; porque por corrompido que uno esté no los comete sino temblando, y no hay tinieblas bastante espesas para ocultarlos, quando por desgracia se han cometido. Pero hay ciertos pecados que han entrado en el comercio del mundo, y que el uso les ha autorizado: y porque lisongean el orgullo, y la codicia de los hombres, porque no ofenden sino á Dios, cuyos intereses nos mueven poco, quando se hallan separados de los nuestros; y porque se han establecido por la corrupcion comun de la naturaleza, y por la fuerza de la costumbre, cada uno los perdona, porque cada uno se halla empeñado en ellos. Ellos quedan no solamente impunes, sino tambien por honestos, y el que quiere juzgarlos de otra manera pasa por severo, por escrupuloso, ó por poco habil. Tales son esos deseos de abanzarse en los honores, y en la fortuna, de enfadarse continuamente de ser lo que uno es, y de querer ser lo que no es en realidad; de ganar la estimacion de los hombres por acciones puramente mundanas, y atribuirse una gloria que pertenece à solo Dios. Tal es la ambicion que comprehende todos estos deseos, ambicion que cada uno alimenta en su corazon, y de la que nadie se averguenza; ambicion que por ser comun, parece ser menos criminal. Yo quiero mostraros oy dia su malignidad, y haceros ver en mi primera parte; quan contraria es à las maximas del Evangelio, y en la segunda, quan con-

L. 2

tra.

traria es à los ordenes de la providencia de Dios. Acaso no hay en la Moral Christiana materia mas importante, ni mas digna de vuestras atenciones.

PUNTO PRIMERO.

ES la ambicion un deseo desordenado de los honores, y de las dignidades del mundo; (a) es una de las principales partes de la codicia, que inclinando à el hombre à engrandecerse à expensas de sus cuidados, hace que llegue à ser en sí mismo su principio, y su fin en cierto modo. Es una de las tentaciones que Jesu-Christo quiso vencer en su persona, quando el Demonio le ofreció toda la gloria, y todos los Reynos del Mundo, para dejarnos el exemplo de combatirle, y de vencerle por su gracia; es aquella sollicitud del siglo de que habla Jesu-Christo en el Evangelio, que llenando el espiritu de vanas ideas de grandeza, y de gloria, sofoca toda la semilla de la palabra de Dios: *sollicitudo saeculi istius, & falacia divitiarum suffocant verbum.* (b) Y en fin, es aquella amistad de este Mundo que nos hace despreciar à Dios; aborrecerle segun los terminos del Apostol: *amicitia hujus mundi inimica est Dei.* (c) Nada hay tan opuesto al espiritu de Jesu-Christo como esta desmesurada pasion de los bienes, y de los honores mundanos; y nada debe ser tan vergonzoso al Christiano, como abandonarse à ella. Porque si se considera como hombre, ¿puede anhelar con tanto cuidado por unos bienes, que puede perder, à pesar suyo, durante su vida, y de los cuales no gozará mas despues de su muerte? Si se considera como pecador, ¿pretende acaso poder elevarse, y engrandecerse delante de los hombres, al mismo tiempo que debe humillarse, y confundirse delante de Dios? ¿Si es penitente, ¿como puede conciliar este do-

(a) S. Thom. 2. 2. q. 131. art. 1. (b) Matth. 13. v. 22. y
(c) Jacob. 4. v. 4.

dolor, y esta tristeza saludable que acompañan à la penitencia con aquella alegría profana, que sigue al fausto, y à la pompa de la grandeza? Y si se considera como justificado por la gracia, ¿cómo puede apegarse à unos bienes para los cuales está muerto, que debe menospreciar, y que pueden hacerle perder los que posee?

Estas razones obligaron à Tertuliano à concluir que las dignidades temporales eran incompatibles con las virtudes Evangelicas; (a) que convenia al discipulo de Jesu-Christo obedecer con sumision, y no mandar con autoridad; que no debia haver entre nosotros sino una emulacion de excedernos unos à otros en humildad, y que no havia proporcion alguna de un Christiano que gobernaba, que juzgaba, y que precedia à los otros, con Jesu-Christo que siempre havia vivido en el abatimiento, y en la pobreza; que no havia querido constituirse Juez de diferencia alguna temporal, y que havia reusado la dignidad de Rey, que los Pueblos le havian ofrecido. Yo confieso que este grande hombre se ha engañado, y que no ha distinguido bastante en las dignidades, lo que es de Dios, de lo que pertenece al hombre. La Escritura autoriza esta diferencia de condiciones, y nos enseña que hay hombres constituidos, y llamados para ser superiores à los otros, que pueden ser elevados sin ser orgullosos, que Dios que les comunica una parte de su poder, puede comunicarles quando le place, una parte de su santidad en el orden en que los ha colocado por su providencia; que en fin la grandeza no es incompatible con la Religion; y que si se observa ordinariamente en ella alguna presuncion, algun fausto, alguna dureza, y alguna injusticia, no es falta de la grandeza, sino falta de los Grandes que abusan de ella.

Pero asi como es error creer que un Christiano no puede hallarse legitimamente en los empleos, y en las dignidades honorificas, quando la Providencia Divina le hace

(a) Tertull. *Dei dololat.*

nacer, ó le eleva á ellas, así tambien es verdad fundada sobre todos los principios de la Religion, que no le es permitido excederse por el orgullo, ó por ambicion, y que no puede mantenerse en ella en el estado de su vocacion sin un grande desapego del mundo, y sin una grande humildad. Esto es lo que Jesu-Christo nos enseña, quando viendo á sus Apostoles preocupados de una vana imaginacion de gloria, hace venir á un parvulito en medio de ellos, y les pronuncia esta sentencia: *Nisi conversi fueritis, & efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in Regno Cælorum.* (a) Si no os convertis, y llegais á ser pequeños como este niño, no entrareis en el Reyno de los Cielos. Y así hay una pequeñez Evangelica á la qual se debe reducir toda suerte de grandeza. Los que por su nacimiento, ó por sus empleos se hallan elevados sobre los otros, deben descender en espíritu á su nada, y temer incesantemente, que las dignidades que poseen no sean mas un peso que los brume, que una qualidad que los honre. Los que por las luces de su espíritu se distinguen de los demás, están obligados á tener tanta docilidad, y sumision, quanto tienen de razon, y de conocimiento, no sea que deteniendose en la ciencia que infla, pierdan la caridad, que edifica; y que su sabiduría mezclada de presuncion llegue á ser locura delante de Dios. Los que se ven en medio de las alegrías, y las prosperidades del Mundo, deben reconocer el peligroso estado en que se hallan, y temblar no sean del numero de aquellos de quienes dice Jesu-Christo que han recibido su recompensa. Pues si los que han subido á los honores deben descender á lo menos en su corazon, humillandose á los que están en las mas medianas condiciones, qué ceguedad para los que están en una mediana condition, querer subir á un orden mas elevado adonde no llegarán sino con trabajo, y de donde deben descender á lo menos interiormente luego que hayan arribado á él, si les queda un poco de fé, y algun deseo de salvarse.

Es-

(a) Matth. 18. v. 3.

Esta ceguedad proviene de que el hombre, criado para mandar á todas las criaturas, y á sus propias pasiones, habiendo caído por el pecado en el abatimiento, y llegado á ser esclavo de unas, y de otras, anhela bolver á conseguir este imperio que ha perdido, y llenar por su ambicion este vacío que halla en sí mismo. (a) Vereisle, dice San Bernardo, ocupado siempre del Mundo, y de su fortuna, pronto á experimentar peligros, á suscitar escandalos, á softener odios, á disimular afrentas, á despreciar menosprecios con tal que se abance; él omite lo bueno por correr tras de lo que le es util, y no distingue ni vicio, ni virtud, sino por respecto á sus intereses; si no puede elevarse por su merito, se eleva por sus astucias, y lo sacrifica todo al deseo que tiene de engrandecerse, sin tener respeto, ni á las leyes humanas, ni á las divinas, ni al honor, ni á la amistad: ni á la decencia. (b) ¡Infelices de aquellos que se encuentran en sus caminos! El les impone falsos delitos, les desea los verdaderos; y siempre enamorado naturalmente de sus talentos, y envidioso de los de los otros, no puede sufrir que los demás pretendan los mismos honores que él, ni aun quiere que sean dignos de ellos; querer estender de este modo una dominacion sobre los hombres, en lugar de establecer en nosotros mismos el Reyno de Jesu-Christo, es faltar á todo el orden, y á toda la disposicion Evangelica; es renovar el pecado del primer hombre, es pretender sobre los derechos de Dios, á quien solo pertenece el honor, y la gloria de sujetarse sus criaturas.

La Escritura nos enseña que Dios exerce idos suertes de Imperios; el uno interior, y eterno, por el qual se posee él á sí mismo como su unico, y soberano bien, bastando él solo á su perfeccion, y á su felicidad, y reynando, si es licito decirlo así, dentro de sí, por una apacible, invariable, y eterna fruicion de sí mismo. Vos reynais, decia el Propheta,

(a) S. Augut. (b) Bernard. De Convers. ad Cleric.

vos reynais, Señor, vos mismo sois vuestro Soberano, y la eternidad es el tiempo, y la medida de vuestro Reyno: *Regnum suum Regnum omnium saeculorum.* (a) El otro es un Imperio exterior, y temporal, por el qual preside fuera de sí á todas sus obras, reduciendolas á los fines que les ha destinado, y teniendolas sujetas por esta sabiduría soberana, que sabe hacerse obedecer con dulzura, y á un mismo tiempo con fuerza por todas sus criaturas: *Attingit à fine usque ad finem fortitèr, & disposuit omnia suaviter,* (b) dice el Sabio. Pero el hombre ambicioso, en quanto está de su parte, usurpa éstas dos suertes de dominaciones, y de soberanías. Quiere hacerse independiente, y que dependa de él todo lo que puede, y llegar á ser Señor de sí mismo, llegando á serlo de los otros. Bastante nos enseña la experiencia lo que digo. ¿Quantos Grandes del Mundo se ven, que viven como si no huviese Juez, á quien huviesen de dar cuenta de sus acciones? Creén, que la autoridad no se les ha dado sino para gozar de ella, y para complacerse; que los hombres no se han hecho sino para contribuir á sus placeres, y á su poder; que todo debe servir á su gloria, y su grandeza, consideranse como dueños de su voluntad, y no como los ministros, y los interpretes de la de Dios; exigen la obediencia, como una justicia que se debe á sus personas, y no á Dios, á quien representan, y se hacen ellos mismos la regla, el centro, y el fin de los demás hombres, que tienen en una triste dependencia; á esto es á lo que tiran tacitamente todos aquellos que se abanzan á los empleos, y oy dia les puedo yo decir lo que San Agustín decía en otro tiempo á sus semejantes: *Dejad á Dios todo el poder que tiene sobre vosotros, no lleguéis á ser esclavos del Mundo á fuerza de querer dominar en él, buscad dentro de vosotros en que exercer un Imperio espiritual, ahogad en vuestro corazón esa venganza, y ese odio que os le roe; romped ese apego, que os ata; moderad esa colera que*

(a) Psalm. 144. v. 13. (b) Sap. 8. v. 1.

os enfurece, reglad vuestras palabras por la verdad, y vuestras acciones por la justicia, no se trata de subir de Dignidad en Dignidad, sino de crecer de virtud en virtud, no es el cuidado de un Christiano levantarse sobre las ruínas de otros, sino antes bien hacerse de sus propias pasiones como otros tantos grados para arribar á la perfeccion de su estado. (a)

¿Pero qué? Hablo yo á un ambicioso de reprimir sus pasiones: no sé yo que solo busca reformarlas, y satisfacerlas: porque, Señores, ¿qual pensais vosotros, que sea el objeto, y el fin de los que corren tras los bienes, y los honores del Mundo? Preguntadles ¿por qué anhelan á esa Dignidad, por qué solicitan ese empleo, por qué quieren tener credito, y favor? Y os responderán; el uno que quiere tomar alguna ocupacion, y hacerse la vida menos molesta; el otro, que sigue el consejo de sus amigos, ó el plan que se le ha trazado en su familia; este, que quiere salir de un estado de medianía, y ponerse en otro algo considerable en el Mundo por el puesto que ocupará en él; aquel pretende servir al Publico, y dar á conocer los talentos que tiene, ó que le parece tener; cada uno tiene su honesta razon para adquirir, y para abanzarse; pero hay una razon comun para todos, que ninguno dice, y que cada uno tiene en su corazón; y es que quiere cada uno darse mas libertad, y mas medios de satisfacer sus pasiones, se quiere salir de este camino estrecho, de que habla Jesu-Christo en el Evangelio; esto es, de esta pureza de Religion, que estrecha la codicia de los hombres, y la reduce quanto puede á la caridad de Dios, y se quiere entrar en aquel camino ancho que lleva á la muerte, y á la perdicion, dando á los pecadores las ocasiones, y las facilidades de pecar; y así quando trabajais en engrandeceros, en llegar á ser poderosos, en hacer fortuna, yo apelo á vuestra conciencia; vosotros trabajais tambien aun sin pensar en ello en daros una desgraciada complacencia, y comodidad de obrar mal, y en

Tom. 5.

M

es-

(a) S. Aug.

estender esa natural inclinacion que tenéis á cometerle: vuestras pasiones están muy oprimidas en vuestro corazon, y queréis exteriormente darlas ensanche, tener con que proveer ampliamente à vuestro luxo, y á vuestras delicadezas: atraer los ojos del Publico por el número de vuestros criados, y por la magnificencia de vuestros equipages, tener al oído mas tropa de aduladores, que hagan omenage á vuestra fortuna; apoyar con vuestro credito las pasiones de otros amigos, como si no fuesen bastante las vuestras, y hacer sentir, quando se os antoje, el peso de vuestra colera, luego que os creyereis ofendido; esto es lo que pretendéis, ó à lo menos á esto es à lo que os exponéis, quando aspiráis á las grandezas humanas, y quando llegáis à ellas por vuestros cuidados, y vuestras ansias.

Si el fin que se propone en una elevacion mundana es tan poco conforme á las reglas del Eyangelio, no lo es menos el modo de elevarse: porque ¿hay cosa mas indigna de un Christiano que debe ser por su condicion independiente de todos los bienes transeuntes, y perecederos, y solo tener á Dios sobre sí, que debe conocer por la fè, que todo lo que el mundo tiene de grande, de glorioso, y de agradable no es ni aun sombra de las grandezas de la gloria, y de las delicias que Dios le prepara en el Cielo? ¿Hay cosa, digo, mas indigna de la generosidad de un Christiano, que apegarse á unos bienes, y unos honores que nada son por grandes que parezcan, que nada duran, por larga que sea la posesion, y que hacen perecer por una eternidad à los que los poseen, por un falso, y vano deleyte que les dan por un momento? Que el mundo tenga por máxima quanto quisiere, que la ambicion es el caracter de una bella alma, que es la passion de los hombres grandes, que es el principio de todas las acciones heroicas, la Religion Christiana me enseña, que es la señal de una alma baja, y el principio de todas las malas acciones, que se cometen: porque ¿hay cosa mas indigna para el hombre, que amar lo que es inferior á él, y renunciar su herencia, que es celestial? Todas las dignidades del mundo, son bienes criados, y por consiguiente inferio-

res al bien increado, para cuya posesion está él destinado: ¿luego quando renuncia aquel por apegarse á este, se degrada á sí mismo, y muestra la misma bajeza de corazon que un Capitan, que pudiendo ser Emperador, se contentase con ser un miserable Soldado?

¿La misma experiencia del mundo no nos enseña que la cobardia, y floxedad es inseparable de la ambicion? ¿Qué complacencia no se tiene para con aquellos, que pueden servir, ó que pueden dañar? ¿Qué respetos por aquellos, à quienes se quiere empeñar en los mismos intereses? ¿Qué no se sufre de aquellos de quienes se depende? ¿Y por grande que uno sea, quan pequeño llega à ser delante de una grandeza superior? El Espiritu Santo nos hace una admirable pintura de este estado, quando por la boca de uno de sus Prophetas manda à los ministros de su palabra dirigirse à una especie de gentes fieras, y formidables, que con todo eso aguardan siempre, y se dejan pisar: *Ite Angeli veloces, ad populum terribilem, ad gentem spectantem, & conculcatam.* (a) Id, y ved à esos ambiciosos, terribles para aquellos à quienes mandan, abatidos, y arrastrados delante de aquellos de quienes esperan; Señores imperiosos de los unos, y viles esclavos de los otros, adulados, y aduladores à un mismo tiempo, recibiendo el incienso de una mano, para darlo con la otra á sus Idolos; ved los, digo, abatirse á los ministerios mas despreciables, sacrificar todo el honor, que tienen por adquirir uno que no tienen, despues de haver pasado sus caprichos, ir ellos mismos á experimentar los de los otros, semejantes á aquellas olas, que despues de haver turbado la mar, y causado tristes naufragios, vienen á amansarse, y estrellarse al pie de los peñascos.

¿Pero pluguiese á Dios que no huviese en la ambicion sino bajeza! Esta sería una pena que fuese efecto del pecado, y los que no quieren ser humildes, merecen muy bien ser hu-

(a) Isai. 18. v. 2.

millados. Pero ay de mí! La ambicion es el origen de todos los delitos, que se cometen; porque el hombre que está poseído de ella, se halla en una preparacion de corazon á cometerlos todos, si los juzga utiles al cumplimiento de sus designios. Todos los pecados son de temer, porque todos ofenden la Magestad Soberana de Dios, y precipitan á su ruina unas almas, que Jesu-Christo ha rescatado con su sangre; pero hay unos que se detienen en el corazon de los que los han cometido, y que teniendo solo su propria malicia, se acaban sin consecuencia alguna en el momento, que se han consumado, y mueren, digamoslo así, en la llaga mortal, que acaban de hacer; otros por el contrario arrastran consigo una larga cadena de vicios, y son casi mas formidables por lo que mueven á hacer, que por lo que hacen: Tal es la ambicion, cuyos funestos efectos causan tantos desordenes: un Profeta la representa como una Reyna seguida de un tropel de delitos, que la acompañan, y que se hace Señora de todas las potencias del alma, *ve corona superbia* (a) y el Sabio nos advierte, que así como el temor de Dios, y la humildad son el principio de todas las virtudes, *el orgullo, y la ambicion son el principio de todos los vicios.* (b)

Dios mismo es quien confirma esta verdad en sus Escrituras: *Si videris calumnias egenorum, & violenta iudicia, & subverti iustitiam in provincia, ne mireris super hoc negotio.* (c) Si vieres la opresion de los pobres, la violencia que reyna en los juicios, y el trastorno de la justicia en una Provincia, no te admires, y da luego la razon: *Quia excelso excelsior est alius; & super hos quoque eminentiores sunt alii.* (d) Porque el uno es mas elevado que el otro, y porque otros están mas elevados que este: como si dixese, porque se abanzan á las dignidades, y porque la ruina del uno sirve de elevacion á los otros; porque quiere uno distinguirse á qualquiera costa que sea:

(a) Isai. 28. v. 1.
(c) Eclí. 5. v. 7.

(b) Eclí. 10. v. 15.
(d) Ibid.

en una palabra, la razon es, porque hay ambicion. De aqui es de donde nacen las murmuraciones atroces, las crueles envidias, las infidelidades secretas, los odios mortales, las guerras sangrientas, de aqui es de donde proviene la envidia contra los poderosos, la desconfianza de sus iguales, el abandono de los pobres, y muchas veces la opresion de los debiles: ¿y qué diré yo de esa agitacion perpetua de deseos, de esas alegrías inmoderadas en las prosperidades, de esas grandes inquietudes en las esperanzas, de esas pesadumbres, y de esas murmuraciones frecuentes contra la Providencia en los malos sucesos?

Pero no solamente nacen de aqui los vicios, sino que tambien abusa de todas las virtudes: ya se sirve de una paciencia interesada, que lo sufre todo de aquellos de quien espera; de una humildad contrahecha, que se abate por elevarse mas seguramente; de una hombría de bien forzada, que quiere agradar á todos por tener menos oposicion á su fortuna; de una modestia disimulada para excitar menos envidia, y hacer menos sombra á sus concurrentes; y de una caridad afectada para ganar á los unos por anhelados servicios, y á los otros por complacencias estudiadas. La misma Religion, quiero decir, esta Religion cuyas maximas todas se dirigen á la humildad, á la sumision, y á la obediencia, muchas veces por una sacrilega profanacion se vé empleada para dar credito á la impostura, y para servir á la ambicion, que ella misma condena. ¿Quien no sabe que hay un arte de acercarse á las dignidades, aparentando el apartarse de ellas, de ocultar el espiritu del mundo bajo unas apariencias engañosas de piedad, y bajo de un ayre exterior de reforma para llegar mas facilmente al fin que se ha propuesto, y de sorprehender la aprobacion de los hombres, haciendoles creer que ya se tiene la de Dios: que es el colmo de la impiedad. Despues de esto, Señores, mirareis á este pecado como remisible, y como conveniente? ¿Como le acomodareis vosotros con las reglas del Evangelio? ¿Qué color dareis á todos los excesos en que hace dar á los que se abandonan á él?